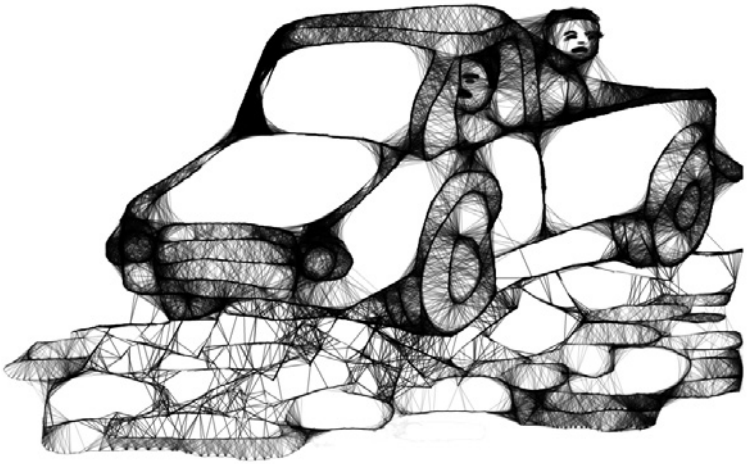


La Datsun

Jorge Vega

Habían ido por sillas al templo para sentar a toda la gente que llegaba de otros pueblos al velorio de su padre. Iban en la camionetita Datsun de un pariente de Tonila. El niño quiso irse en la carrocería. Era un tramo corto, de varias cuadras. Los hombres, en la cabina de la camionetita, hablaban de lo cara que se había puesto la vida, de las virtudes del muerto.

Era una mañanita gris, fría, con unos volcanes altos y azules cobijándose bajo las nubes. Al niño lo despertó el ruido en el cuarto de sus padres, las voces del llanto, el cuerpo pesado del ropero cuando varios hombres lo sacaron al pasillo. Sonido de metal, de sillas arrastrándose por el piso de cemento. Había soñado con pájaros. Su mamá, al verlo despierto, lo mandó a comprar velas «mientras traen a tu padre los de la funeraria». Su mamá era otra, ausente, un mar contenido.

Se puso los huaraches y fue por velas. Algunas señoras que regresaban del mandado, de las tortillas, le decían pobrecito, haciendo como que contenían el llanto. El niño tenía hambre. La noche anterior no pudo cenar. Su madre y sus hermanos mayores habían salido en taxi con el gesto descompuesto por el miedo. Al pagar las velas se dio cuenta que le sobraba dinero para comprarse un bolillo, pero no quiso contrariar a su madre, siempre atenta a los gastos. Temía sus momentos de rabia.

La gente llenó pronto la casa. Las mujeres pusieron flores por todas partes. Una tía llegada de Colima barrió de rápido y trapeó lo más visible.

Cuando llegaron los de la funeraria comenzó el llanto, tupido, contagioso. El niño nomás miraba. Un tío gordo y alto lo tomó en brazos para que viera «por última vez» a su padre. Pero el hombre del ataúd, descolorido y con algodones en la nariz, no era más su padre, el hombre que incluso la semana pasada lo siguió por

medio pueblo para romperle un palo de escoba en la espalda y las piernas. El hombre del cajón estaba bastante quieto, con los ojos cerrados. Las vecinas del barrio dijeron que parecía como si estuviera dormido. «Tienes que llorar», gritó su abuela, la mamá de su papá, sacando un pañuelo para sonarse los mocos. El niño no tenía más llanto, lo había agotado todo viviendo con ese hombre violento del cajón que había fulminado un coraje.

«Era un buen hombre», aseguraban los vecinos; los parientes que iban llegando: «Ayudaba con dinero a todos». El niño los escuchaba con la impresión de estar oyendo hablar de otro hombre, no del que llegó a conocer, el que siempre tuvo para él un golpe, incluso los días de su cumpleaños. Su padre siempre tuvo miedo de estar vivo.

Con hambre, el niño recorrió su casa viendo hombres y mujeres, en tonos oscuros, dar de gritos en el cuarto donde velaban a su padre mientras contaban chistes picantes sentados en las sillas del comedor, mientras acababan con las provisiones de la cocina. Alguien sugirió que sería bueno ir por sillas al templo, que el sacerdote les había dicho que podían usarlas para el velorio. El niño quiso acompañar a los hombres. «Quédate con tu madre, niño, no seas así», le pidieron las mujeres, pero esa vez, a diferencia de lo que hacía siempre, no las obedeció.

Trepado en la carrocería de la camionetita olorosa a pastura, abono y estiércol, el niño mira los volcanes, uno de fuego y el otro de nieve, descubiertos por un momento. El viento le despeina los cabellos y la gente lo señala con el dedo, pero él va feliz. Por primera vez en su vida se siente libre.

Jorge Vega

Es egresado de la licenciatura en letras y periodismo de la Falcom. En la actualidad, se desempeña como subdirector del periódico *El Comentario*.

jorgenes@gmail.com

